

TEORIA SIN PRAXIS: LAS RAZONES DEL PENSAMIENTO (INTRODUCCION A UN TEXTO DE ADORNO)

Marcos Hernández y Carlos Marzán

El artículo que aquí traducimos y que da pie a esta introducción fue concebido originalmente por Adorno como conferencia radiofónica. Emitida por la *Sender Freies* de Berlín el 9 de febrero de 1969, fue publicada posteriormente en *Politik, Wissenschaft, Erziehung*, libro homenaje a Ernst Schüte. En plena efervescencia de la protesta estudiantil, Adorno es invitado por la emisora berlinesa a exponer sus puntos de vista frente al activismo político de la oposición extraparlamentaria. En su alocución responde a algunas de las objeciones que se le hacen a las formulaciones finales de la teoría crítica a la que se le reprocha el haber caído en la "resignación"; así como la falta de programas de acción acordes con la teoría, y la negativa a apoyar —por parte de sus más significados representantes— los movimientos de quienes vieron en los escritos de los frankfurtianos la inspiración y justificación teórica de sus acciones. Las respuestas a estas objeciones recogen la continua tensión entre reflexión teórica y praxis que impregna la historia de la Escuela de Frankfurt, desde la creación del *Institut für Sozialforschung*, hasta las polémicas con los movimientos estudiantiles de los años sesenta.

En el prólogo de 1968 a los ensayos recogidos bajo el título *Kritische Theorie*, Horkheimer llamaba la atención de los peligros que se derivan al pretender deducir, de modo inmediato, las consecuencias prácticas de la teoría: "Quienes toman en serio la acción política anhelan extraer para ella enseñanzas de la teoría crítica; sin embargo, no hay una receta universal, como no sea la necesidad de conocer profundamente la propia responsabilidad. La aplicación irreflexiva y dogmática de la teoría crítica a la praxis dentro de una realidad histórica transformada, sólo podría acelerar el proceso que debiera denunciar. Quienes formalmente participan de las ideas de la teoría crítica están de acuerdo con esto, especialmente Adorno, quien la desarrolló junto conmigo"¹. La advertencia hecha por Horkheimer será tratada, más extensamente, por Adorno en *Resignación*.

Desde sus comienzos, la teoría crítica se manifiesta cautelosa frente a las exigencias prácticas. En el *Dämmerung*, que constituye uno de los primeros documentos de la teoría crítica —cuando Horkheimer reflexiona sobre la impotencia de la clase obrera alemana— se bosqueja ya la importancia que los frankfurtianos otorgan al momento teórico en las relaciones teoría-praxis. Se nos muestra el recelo frente a un proletariado que deja de ser sujeto de la historia, aunque su liberación sea todavía, en esta época, el objetivo de la reflexión teórica. Se insinúa —frente al dogmatismo del KPD y al pragmatismo del SPD— el papel del trabajo teórico como praxis política. La conversión del trabajo teórico en sustituto de la política y el rechazo de las tesis lukacsiana del proletariado como sujeto-objeto del devenir histórico, se hace más patente en *Teoría crítica, teoría tradicional*, ensayo programático publicado en 1937 en el que el proyecto inicial, anunciado en la “Antrittsrede”² de Horkheimer, de orientar filosóficamente el trabajo empírico, es abandonado. No es ajena a la evolución teórica por la que atraviesan los intelectuales críticos la amarga experiencia de contemplar la desarticulación de la clase obrera, el ascenso, y la posterior toma del poder por parte de los nazis, que les conducirá al exilio.

En el ensayo de 1937, Horkheimer no se compromete con la aceptación pasiva del punto de vista del proletariado, que deja de ser garante de una efectiva transformación social, en la medida en que su consciencia está imbuida por las relaciones sociales dominantes que lo anulan como portador de los intereses generales de la humanidad. La tensión entre el intelectual crítico, el proletariado y su vanguardia, se manifiesta en toda su crudeza. Esta tensión se resuelve en favor de la salvaguarda de la teoría o, más bien, del teórico crítico que aparece aquí como poseedor de la verdad: “...el círculo de la verdadera solidaridad se halla, por lo demás, harto restringido”³. La teoría se define como “comportamiento crítico” sólo susceptible de ejercerse en pequeños grupos a los que la verdad habría huido. La independencia del intelectual se concibe como valor irrenunciable para asegurar el vigor y la persistencia del pensamiento crítico. Aunque esa posición del intelectual frente al dominio práctico es formulada por Horkheimer, será asumida por casi la totalidad del círculo de los frankfurtianos: Löwenthal, Benjamin, Pollock, etc.⁴

Si en *Teoría crítica* se expresaba un “juicio existencial” sobre la totalidad de lo existente que permitía al individuo crítico dirigir sus esfuerzos hacia una meta racional, en la *Dialéctica de la Ilustración* el punto de vista de Adorno y Horkheimer se convierte en un juicio filosófico-histórico que revela la naturaleza instrumental de la razón y que vuelve problemática la aspiración hacia esa meta enunciada. La Ilustración se ha convertido en mito y es preciso “ilustrar-

la" respecto de sí misma. Por eso es necesario—como exponen en el prólogo—"pensar el pensamiento"; reafirmar el papel de la teoría frente al primado de la praxis. La función de la teoría consiste ahora en traer a la consciencia de los hombres el horror expresado por el rostro del ángel de Paul Klee quien, mirando hacia atrás, es arrastrado por el torbellino de la historia hacia un mundo totalmente administrado. El diagnóstico sobre el proceso de desarrollo de la civilización occidental da cuenta de la enfermedad crónica y posterior muerte del individuo: el destinatario de esta labor reflexiva ha desaparecido en el mismo proceso que se denuncia. A lo único que cabe apelar es un testigo imaginario capaz de hacer suyo el mensaje que encierra la botella.

La teoría crítica consolidada definitivamente—tras el exilio—la necesidad de primar el momento teórico de la praxis. La verdadera praxis consiste en la intransigencia de la teoría frente a una cultura que esta empeñada en que el pensamiento se anule. En la undécima *Tesis sobre Feuerbach*, Marx había puesto de manifiesto la antítesis entre teoría y praxis, expresando la necesidad de suspender la interpretación del mundo, en favor de su transformación. Este llamamiento ha constituido la fuerza impulsora tanto de la teoría marxista como de los movimientos políticos-sociales que se originaron a su sombra. Adorno tiene en mente, en su polémica con el antiintelectualismo de la oposición extraparlamentaria, la undécima *Tesis* cuando dice: "Hoy de nuevo se abusa de la antítesis entre teoría y praxis para denunciar a la teoría"⁵. La enemistad hacia la teoría convierte en débil a la propia praxis. El lema de Fausto: "en el principio era la Acción", constituye el lema del drama del instrumentalismo que, incapaz de reflexión, feticchiza los medios y convierte al pensamiento en mero mecanismo; en correlato inmediato de la praxis. La teoría, al quedar estrangulada por los hechos, se convierte en repetición, en letanía; y el actuar, en pseudoactividad, en praxis aparente que martillea en el vacío y reafirma lo ya dado: "Cuando en el ensalzamiento binomio teoría-praxis perdió la praxis, se convirtió en irracional y en parte de esa política que quería superar, es decir, quedó a merced del poder. La liquidación de la teoría a base de dogmatizar y prohibir el pensamiento contribuyó a la mala praxis, la misma praxis esta interesada en que la teoría recupere su independencia. La relación entre ambos factores no está decidida de una vez para siempre, sino que cambia históricamente. Hoy que la actividad omnipotente paraliza y difama la teoría, ésta, con toda su impotencia, atestigua contra ella el mero hecho de existir. Por eso es tan legítima como odiada; sin ella la praxis, que quiere cambiarlo todo, no podría cambiar..."⁶

Adorno concibió como una de las tareas fundamentales de la filosofía romper el nexo instrumental entre teoría y praxis. A pesar de su insistencia en la necesidad de transformar la sociedad, su filosofía no incluyó un sujeto revo-

RESIGNACION

Theodor W. Adorno

A nosotros, los más antiguos representantes de lo que se ha llamado Escuela de Frankfurt, se nos ha reprochado recientemente el haber caído en la resignación. Si bien es cierto que habríamos desarrollado elementos de una teoría crítica de la sociedad, se nos reprocha que no hemos estado dispuestos a extraer de ella las consecuencias prácticas, ni dado programas de acción, ni tampoco apoyado acciones de aquellos que se sienten impulsados por la teoría crítica. Prescindo de la cuestión de si algo así puede ser exigido a pensadores teóricos, que en cierta medida no son otra cosa que instrumentos sensibles y frágiles. La posición que les ha correspondido ocupar en la sociedad de la división del trabajo puede ser cuestionable, y posiblemente estén deformados por ésta. No obstante, han cobrado forma a través de ella y, desde luego, no pueden suprimir por mera voluntad lo que han llegado a ser.

No quisiera negar el momento de debilidad subjetiva que supone el limitarse a la teoría. Considero más importante el lado objetivo. La objeción que surge fácilmente reza así: quien duda en la actualidad de la posibilidad de una transformación radical de la sociedad y por eso ni recomienda, ni toma parte en acciones espectaculares y violentas, ha renunciado. Este no considera realizable aquello de lo que sólo tiene una imagen difusa, ni en verdad quiere realizarlo; y así deja el estado de cosas como está y lo acepta sin admitirlo.

Distanciarse de la praxis es sospechoso para todos. Se recela de quien no se compromete, de quien no quiere mancharse las manos; como si no fuese legítimo rechazar el compromiso, y el rechazo estuviese ya desfigurado por el privilegio. En el lado opuesto, la desconfianza contra quienes desconfían de la praxis se extiende desde quienes repiten el viejo lema: "basta de charla", hasta el espíritu objetivo de la publicidad, que difunde la imagen -modélica como la denominan ellos- del hombre activo, ya sea ejecutivo o deportista. Hay que tomar parte. Quien sólo piensa, quien se excluye, será débil, cobarde y, virtualmente, un traidor. El cliché hostil del intelectual penetra profundamente, sin que lo adviertan, hasta en el grupo de aquellos opositores, que a su vez son tachados de intelectuales.

Los activistas que piensan contestan: se trataría justamente de modificar, entre otras cosas, el estado de separación de teoría y praxis. Precisamente, necesitaríamos la praxis para liberarnos del dominio de la gente práctica y del ideal práctico. Pero de ello resulta, inmediatamente, una prohibición de pensar. Basta un mínimo para que la resistencia frente a la represión se vuelva represivamente contra los que, por poco que quieran glorificar el ser Sí-mismo, no renuncian a lo que han llegado a ser.

La unidad, tantas veces evocada de teoría y praxis, tiene una tendencia a recaer en el predominio de la praxis. Algunas orientaciones difaman la teoría misma como una forma más de opresión, como si ésta no estuviese más interconectada con la praxis.

En Marx, la doctrina de la unidad de teoría y praxis estaba animada por la posibilidad —en aquel tiempo tampoco realizada— de la acción. Hoy se vislumbra más bien lo contrario. El aferrarse a las acciones se debe a la imposibilidad de la acción. En efecto, ya en Marx se oculta ahí una herida. Quiso exponer tan autoritariamente la undécima Tesis sobre Feuerbach porque no estaba enteramente seguro de ella. En su juventud había exigido una crítica sin consideración a todo lo existente. Desde entonces, se burló de la crítica. Pero su célebre ocurrencia contra la izquierda hegeliana, la expresión “crítica crítica” fue una bomba inerte que detonó en mera tautología. La forzada primacía de la praxis silenció irracionalmente la crítica que el propio Marx ejerció. En Rusia y en la ortodoxia de otros países, la burla maliciosa de la “crítica crítica” se llegó a convertir en un instrumento para que lo existente pudiera consolidarse terriblemente. Praxis significó nada más que producción creciente de medios de producción, y no fue tolerada crítica alguna, salvo aquella que decía que no se trabajaba lo suficiente. Así de fácil la subordinación de la teoría a la praxis pasa al servicio de la represión reiterada.

La intolerancia represiva contra el pensamiento que no va acompañado inmediatamente por instrucciones para la acción, se basa en el miedo. Hay que temer al pensamiento no tutelado y a la actitud que impide que sea comercializado, porque se sabe a fondo lo que no se quiere admitir: que el pensamiento tiene razón.

Un antiquísimo mecanismo burgués que los ilustrados del siglo XVIII conocieron bien funciona, una vez más, sin modificación. El sufrimiento causado por un estado negativo —esta vez por motivo de una realidad bloqueada— se transforma en furia contra quien lo pronuncia. El pensamiento y la Ilustración autoconsciente amenazan con desencantar la pseudorrealidad, dentro de la que, según la formulación de Habermas¹ se mueve el activismo, al que se le deja

hacer sólo porque es considerado pseudorealidad. En cuanto comportamiento subjetivo, la pseudorealidad está correlacionada con la pseudoactividad, un hacer que se disimula y se aviva por mor de la **“publicity”** propia, sin admitir en qué medida sirve a la satisfacción sustitutoria, elevándose a finalidad en sí misma. Los encerrados quieren salir desesperadamente. En tales situaciones o no se piensa más, o si se piensa, se hace bajo supuestos ficticios. En la praxis que se ha hecho absoluta, sólo se reacciona y, por tanto, de un modo falso. Únicamente el pensar podría encontrar una salida y, desde luego, un pensamiento al que no se le prescriba lo que de él deba resultar —como tan frecuentemente ocurre en aquellas discusiones en las que se ha fijado quién debe tener razón— y, ese es el motivo por el que no contribuye al problema sino que degenera inevitablemente en táctica. Las puertas están atrancadas, con más razón al pensamiento no le está permitido derrumbarse: tendría que analizar las causas y extraer de ello las consecuencias. Le corresponde no aceptar la situación como definitiva. Sólo se puede cambiar —si es que se puede— con una comprensión sin límites. El salto a la praxis no cura al pensamiento de la resignación, en tanto es pagado con el secreto saber de que, pese a todo, así no marcha.

Pseudoactividad es generalmente el intento de salvar en claves de inmediatez una sociedad mediada y endurecida de punta a punta. Lo que con ello se racionaliza es que la pequeña modificación constituye una etapa en el largo camino hacia la modificación del todo. El modelo fatal de pseudoactividad es el **“Do it yourself”**, hazlo tú mismo. Las actividades, que desde hace tiempo pueden ser realizadas mejor con los medios de producción industrial, se fomentan sólo para despertar en los particulares —que no son libres y que están paralizados en su espontaneidad— la ilusión de que ellos son necesarios. Es manifiesto el sinsentido del “hazlo tú mismo” en la producción de bienes materiales y también en muchas reparaciones. Pero es verdad que el sinsentido no es total. Con la escasez de los llamados “servicios” las medidas que toma un hombre privado, innecesarias según el nivel técnico, cumplen a veces un fin cuasi-racional. El “hazlo tú mismo” en la política no es del todo de la misma jaez. La sociedad que se enfrenta impenetrablemente a los hombres está constituida por ellos mismos. La confianza en la acción limitada de pequeños grupos recuerda la espontaneidad que está languideciendo bajo el todo endurecido y sin la que éste no puede convertirse en lo otro. El mundo administrado tiene la tendencia a estrangular toda espontaneidad y, en último término, a canalizarla en pseudoactividades. Tal y como lo esperaban los agentes del mundo administrado, eso no funciona sin problemas. Pero la espontaneidad no puede absolutizarse ni separarse de la situación objetiva y endiosarse como el mundo administrado

mismo. De lo contrario el hacha en casa, que nunca hace innecesario al carpintero ², derriba la próxima puerta y la Policía [überfallkommando] se encuentra ya en posición. También las acciones políticas conscientes pueden rebajarse a pseudoactividades, a teatro. No es ninguna casualidad que los ideales de la acción inmediata –incluso la propaganda del hacer– resucitada después de que organizaciones anteriormente progresistas se integraran dócilmente en todos los países del mundo, desarrollen rasgos de aquello contra lo que una vez se dirigieron. De este modo, la crítica al anarquismo no ha llegado a caducar. Su retorno es el de un fantasma. La impaciencia frente a la teoría que en ese retorno se manifiesta, no impulsó al pensamiento más allá de sí mismo. Olvidando al pensamiento, la impaciencia queda tras él.

Al particular se le facilita eso con lo que él se identifica a través de su capitulación ante lo colectivo. Se le evita reconocer su impotencia. Los pocos se convierten en muchos. Ese acto, y no el pensar imperturbable, es resignado. Ninguna relación transparente obra entre los intereses del yo y el colectivo al que ese se entrega. El yo tiene que tacharse para participar de las ventajas del colectivo. Un imperativo categórico poco kantiano se ha erigido implícitamente: tienes que firmar. El sentimiento de estar arropado se paga con el sacrificio del pensamiento autónomo. El consuelo de que en el contexto de la acción colectiva se piensa mejor es engañoso; el pensar, entendido como mero instrumento de acciones, se hace romo como la razón instrumental en su conjunto. En la actualidad, ninguna forma superior de sociedad es concretamente visible. Por eso, lo que se comporta como si eso fuera ya palpable tiene algo de regresivo. Pero, según Freud, quien regresa no ha alcanzado el fin de su pulsión. También la regresión es objetivamente renuncia, aún cuando se tenga por lo contrario y si, además, propaga sin malicia el principio del placer. Frente a ello, es el que piensa críticamente sin compromiso quien ni vende su conciencia, ni se deja aterrorizar para la acción: él es, en verdad, quien no abandona. Pensar no es la reproducción espiritual de aquello que de todas formas está ahí. En tanto que no se rompe, el pensar mantiene firme la posibilidad. Su insaciabilidad, su aversión a dejarse despachar con buenas palabras, rehúsa la torpe sabiduría de la resignación. En él, el momento utópico es tanto más fuerte, cuanto menos ése –también una forma de recaída– se concreta en la utopía y, a través de ella, sabotea su realización.

El pensar abierto apunta más allá de sí mismo. Es, por su parte, un comportamiento, una forma de praxis; está más familiarizado con la praxis transformadora que aquel pensamiento que obedece en aras de la praxis. El pensamiento es realmente ya, ante todo contenido particular, la fuerza para resistir y

sólo penosamente se ha alienado de ella. Pero un concepto enfático de pensar no es congruente ni con las situaciones existentes, ni con los fines a alcanzar, ni con batallones sean cuales sean. Lo que una vez fue pensado puede ser reprimido, olvidado, arrastrado por el viento. Pero es innegable que algo de ello sobrevive, porque el pensar tiene el momento de lo general. Lo que fue concluyentemente pensado tiene que ser pensado en otro lugar por otros. Esa confianza acompaña al pensamiento por más solitario e impotente que se halle. Quien piensa no está furioso en medio de toda crítica. El pensar ha sublimado el furor, pues quien piensa no tiene que violentarse y tampoco quiere forzar al otro. La felicidad que surge del ojo del pensador es la felicidad de la humanidad. La tendencia universal represiva se dirige contra el pensamiento como tal. Es la felicidad incluso donde él determina la infelicidad: pronunciándola. Basta con ello para introducir felicidad, allí, en la infelicidad universal. Quien no permite que el pensamiento languidezca, no se ha resignado.

Traducción del alemán de Marie-Luise Hirschberger, Carlos Marzán y Marcos Hernández de "Stichworte. Kritische Modelle 3" en Th.W. Adorno. Gesammelte Schriften 10.2 © Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 1977.

Notas

1. Por estas fechas Habermas lanza este tipo de críticas contra el activismo, tanto en las discusiones en las que participa, como en algunos de sus ensayos políticos. Vid., a este respecto, "Die Schein Revolution und ihre Kinder", en: *Kleine Politische Schriften*, Frankfurt/M., pp. 257 y ss. [Nota de los traductores].
2. Adorno hace un juego de palabras con el refrán alemán: "el hacha en casa hace innecesario al carpintero", para el que no hemos encontrado equivalente en nuestro idioma [Nota de los traductores].